



## Presencias en ausencia. Cómo recordar después de Malvinas

Natalí Mel Gowland (FAHCE, UNLP)

*Acá yace un soldado del que solo Dios sabe su nombre.*

*Caminar en Malvinas es como nadar de pie...*

(Comino 2010, 187)

Estas palabras pertenecen al final de *Nadar de pie*, texto de la autora Sandra Comino, reconocida en el ámbito de la literatura juvenil argentina. El libro fue publicado por la editorial Libros del Náufrago I&J en el 2010, pero le llevó a su autora alrededor de una década en cuanto a su proceso de escritura. Es un relato fresco, orientado quizá hacia el lector juvenil pero no excluyendo al adulto por ello, que invita a repensar la Historia reciente de nuestro país sin tabúes ni metáforas, ya no como novela histórica sino como ficción contextualizada. Su autora explica en el epílogo que aunque “la guerra no es ficción”, *Nadar de pie* no pretende documentar (189). La guerra de Malvinas no implicó a Comino personalmente, sin embargo la autora documentó todos los hechos referentes a la guerra durante años, incluso guardó todos los periódicos correspondientes a la época en que duró el conflicto bélico sin imaginar, en ese entonces, que alguna vez escribiría sobre el tema. A partir de ellos reconstruyó la muerte de un piloto de guerra que utilizó como base para crear a Nardo, el ausente de la novela que sin embargo articula el relato y la vida de las dos protagonistas: Malvina y Gabriela.

Antes de empezar con el análisis *per sé* de este relato, quería compartir con ustedes algunas reflexiones que este libro me permitió vislumbrar. El texto puede leerse, sí, como ficción. Pero también es parte de nuestra Historia, la historia de Argentina, de la dictadura del '76, de la guerra de Malvinas. En este sentido creo que es un aporte muy interesante para acercar estos hechos a las nuevas generaciones, desde un personaje con el que surge una natural identificación<sup>1</sup>: Malvina, hija de una madre soltera, estudiante de cuarto año del secundario, con algunas fantasías amorosas y conflictos familiares. Como todo adolescente, está buscando su lugar en el mundo, definiendo lo que quiere en su vida, y tratando de despegarse de lo que no le hace bien. Sin embargo, su caso es un poco más complicado, porque podemos ver cómo su historia personal está completamente atravesada por la Historia –y la memoria- social y colectiva. Mavi es

---

<sup>1</sup> De hecho, este libro forma parte del Plan Nacional de Lectura que articula el Ministerio de Educación de la Nación, destinado a estudiantes de secundario de todo el país.

una joven que debe encontrar su camino a partir de un pasado que en su caso es prólogo y, por momentos, también epílogo.

La guerra de Malvinas le quitó a su abuelo materno, a su abuela paterna, le quitó a su padre y con ello se llevó también la felicidad de su madre. Cuando a la joven le preguntan qué sabe de la guerra, Mavi no duda en responder: “Que me robó a la mitad de mi familia” (69). Aquí es donde surge la siguiente reflexión: Malvinas, ¿es sólo una fecha al año o un acontecimiento a recordar?

La palabra ‘recuerdo’ deriva de la palabra latina ‘recordare’, conformada por el prefijo ‘re-’ (de nuevo) y ‘cor, cordis’ (corazón, que era el asentamiento físico de la mente para los antiguos), por lo que quiere decir mucho más que tener a alguien en la memoria: refiere a algo tan profundo y sencillo a la vez como “volver a pasar por el corazón”. Es que recordar implica esto: una y otra vez, hacer que el corazón duela. A veces es una elección, a veces es inconsciente. Pero el resultado siempre es el mismo: el dolor ante la ausencia, ante los caídos y los desaparecidos, los que no van a volver. El olvido, sin embargo tampoco es alternativa. La pregunta es así, ¿cómo seguir viviendo?

La historia que traza Sandra Comino, creo yo, busca sacudir un poco el letargo, implicar de manera íntima al lector y hacerlo reflexionar sobre estos hechos. Como “nosotros” (la gran mayoría de los ciudadanos argentinos) no tenemos un familiar caído en Malvinas, ¿entonces tenemos un deber menor de mantener la memoria viva? ¿No nos implica? ¿Es un tema de Historia a aprender? ¿Es un recorte en los diarios, que cada tanto revelan el curso de alguna investigación o un dato nuevo? Creo que la respuesta a estas preguntas es unánimemente: NO. La vida de Mavi no es real pero sí posible, incluso probable. La autora explica su motivación para finalmente poner a funcionar este relato comentando que “Todo lo supe a través de los medios. Me pregunté muchas veces acerca de esa familia que leía en los periódicos la tragedia del país y de su hijo” (189). La realidad es que, aunque para “la mayoría” este es un hecho pasado treinta años atrás, hay gente a la que la guerra le trastocó su vida, le desapareció hijos y maridos, le amputó miembros, le quitó a sus amigos (los mató de soledad, miedo o frío, cuando no a tiros o en un bombardeo), les quitó la cordura, el sueño o la posibilidad de una vida “normal”. Para seiscientos cuarenta y nueve argentinos (según los números oficiales), fue el final de su vida. Y con ello, seiscientos cuarenta y nueve familias viven amputadas, con un miembro menos, con una ausencia que se vuelve presente, palpable, a través del relato, de las fotos, los recortes periodísticos o el pensamiento puesto en los seres queridos.

La historia de Mavi no es la excepción, y ésta es la hipótesis que quiero sostener: en *Nadar de pie*, el recuerdo de los seres queridos se da a través de presencias en ausencia, huellas que permiten re-cordarlos y, a través del dolor, hacer que formen igualmente parte de la propia vida. A veces lo vivirán como un vacío, algo que impedirá la alegría, incluso una obsesión. Otras, estas huellas serán fragmentos de conversaciones, viejas fotografías, anécdotas o relatos de sus vidas (que siempre estarán mediatizados por la mirada y la reconstrucción que hacen quienes narran, los ‘vivos’). Lo destacable es que a partir de estas presencias-en-ausencia los caídos serán parte constitutiva de los que quedaron, los familiares, los amigos. Mientras estén presentes a través del recuerdo, no serán olvidados; no dejarán de existir.

Primero me voy a enfocar brevemente en Gabriela, la mamá de Mavi. Su historia es narrada en ‘flashbacks’ que cuentan episodios sucedidos desde 1980 hasta Mayo de 1982, desde que conoció a Nardo hasta que supo que estaba embarazada de él, apenas unos días después de que él partió a la guerra. Gabriela configuró una personalidad gris y depresiva que por momentos arrastra a Mavi, haciéndole vivir su vacío como propio y, como veremos en una cita posterior, imponiendo a su hija el “deber” de amar a su padre, a quien la chica nunca conoció. Incluso, Nardo nunca supo que su novia del pueblo estaba embarazada, porque su avión cayó al mar antes de enterarse. Su cuerpo nunca fue encontrado.

Esta imposición de Gabriela es paradójica, porque repite la relación con su propia madre, Jorgelina, a quien Gabriela no quiere. Jorgelina es otra “viuda de Malvinas”, la esposa de Emilio, abuelo de Mavi que también cayó durante la guerra. Sin embargo, esta relación fue conflictiva para Gabriela desde siempre, porque su padre era militar, y ella creció con el estigma de ser “la hija del militar”, o “de un milico”. El miedo y la distancia impuesta por su padre, el silencio obligatorio ante ciertos temas de los que no se debían hablar (el interés de su hija por la política y por la guerra, por ejemplo), incluso la relación inconfesada con Nardo, son los pilares para que Gabriela se distancie deliberadamente de él, se sienta libre en su ausencia y se oponga a Jorgelina, que a falta de la autoridad paterna impone su voluntad férreamente, como su sustituto. Sin embargo, ella también ha sufrido; como su hija, ha perdido al hombre que amaba en la guerra, y también como ella, necesita un lugar, una tumba donde dejarle una flor, algo que le permita “cerrar” su historia. La discusión es eterna porque Gabriela se niega a reconocer esa ausencia como propia, y Malvina vive entre estos dos fantasmas como una botella en el mar agitado por las olas. Son dos fantasmas irreconciliables: su padre,

un soldado-niño de dieciocho años, lleno de euforia por defender su patria; y su abuelo, el militar que se fue del pueblo dejando órdenes y murió en Malvinas de la misma forma. Ambos viven permanentemente “invocados” por sus esposas, siempre presentes en la vida de Mavi, aunque en confrontación y generándole muchas veces malestar, indiferencia o negación (según su estado de ánimo). A la vez, las dos mujeres se distanciaron “El tiempo las fragmentó aún más. Y, partidas, construyeron vidas paralelas, unidas solo por momentos y por Mavi” (26).

Precisamente por esto Gabriela decide llevar a su hija a Maipú, el pueblo donde vivió algunos años y donde conoció a Nardo. Allí quedó la familia paterna de la joven, a quien veía muy poco de chica y casi nada ya de adolescente, a pesar de que su madre iba todos los años. Como la joven explica: “Detestaba el silencio. Y el silencio era el pueblo. El silencio era la muerte. La muerte estuvo en mí desde siempre. Desde antes de nacer. Ir al pueblo era morir un poco” (27). Por supuesto, esta muerte encarnada en ella está relacionada con ser la hija de un muerto, y de una madre que nunca cesaba de recordárselo. En Maipú los recuerdos están vivos y la familia que la espera perdió no a un padre sino a un hijo y hermano, a un amigo. “La muerte, el silencio, las preguntas, la guerra nunca dejaron de estar en Maipú” (27). Para su madre, en cambio, representa un hábito de vida, es “su lugar en el mundo” por elección, porque allí está la familia que no tuvo pero que adoptó.

En un principio, Mavi llega al pueblo pensando en que sería una pérdida de tiempo y en que se iba a aburrir. Sin embargo, de a poco va “des-ovillando” su historia y la de sus padres, iniciando un viaje de autodescubrimiento y de aceptación, hasta finalmente culminarlo con su llegada a Malvinas, como nos anticipa el prólogo del libro.

Por sugerencia de su abuelo Mateo, Mavi comienza a escribirle una carta a su padre, ya que como él le dice, le ayudará a ordenar sus pensamientos y a hablarle, a comunicarle lo que siente, aunque Nardo no pueda leerla. Como explica el narrador, Mavi empieza a escribir para “aclarar para sí misma una vida de tristezas”, pero a medida que avanza la escritura le permitiría “bucear en el pasado, entender el presente y ordenar el futuro (...) hasta el punto de considerarla un antes y un después en su vida” (21). Así, esta carta se intercala a lo largo de toda la novela y, en primera persona, es el testimonio directo de los pensamientos y de la evolución de Mavi, de su camino hacia la aceptación y la necesidad de superar los hechos que la marcaron desde antes de su nacimiento, pero siempre desde el recuerdo (a lo que en un principio estaba negada).

Y es que las cartas son formas muy potentes de presencias-en-ausencia. Son un recuerdo vívido que a veces no dejan seguir adelante, como en el caso de Gabriela: “¿Cómo se hace para reparar lo irreparable? O lo que es peor, ¿cómo se hace para olvidar? Miles de veces la vi refugiarse en su cuarto con tus cartas, papá. Creo que no creyó tu muerte” (178). Las cartas están diferidas en el tiempo de escritura y lectura, así como en los espacios de emisión y recepción. Esto quiere decir que son formas de hacer presente a alguien de otro tiempo o que está muy alejado, que está ausente en el momento de lectura. Son un medio que permite comunicar –diferidamente- una conciencia con otra, pero también un recuerdo patente; como una voz en un contestador, unas letras garabateadas por una persona amada son huellas físicas de su paso por este mundo, y más que eso: son expresión de lo que alguna vez pasó por su cabeza, de sus pensamientos. Y como sabemos desde Descartes, “pienso, entonces existo”.

Son múltiples las cartas que aparecen a lo largo del relato; hay cartas de amor entre Gabriela y Nardo, que permiten mitigar “la ausencia y la distancia”, cuando él “acariciaba la silueta de la letra despatarrada de Gaba, en tinta roja, verde, azul” (81)... También hay un diario de guerra escrito por Nardo, que como bien aclara el narrador, permite que Mavi ingrese “en las huellas que Nardo había dejado” (96). Pero quisiera destacar en particular una carta que recibe Jorge, el tío de Mavi, mientras estaba combatiendo en las Islas. Cito:

Buenos Aires, 22 de mayo 1982

Querido hijo Jorge:

Te mando un pulóver. Te escribo escuchando radio Rivadavia, 9.42 p.m. del domingo, es la hora de “La oral deportiva”, pero por los hechos de las Georgias está el rotativo del aire. Boca va tercero y River puede clasificar. Independiente ganó el clásico a Racing, que está segundo en la zona. Te mando la tabla de posiciones.

Dice la tía que si hay algún chico que no recibe correspondencia, le avises que ella le escribe.

Mamá  
(Comino 2010, 174)

La carta recreada por Comino habla ciertamente por sí sola. Con una sencillez y eficacia abrumadora, resume el intento de “normalización” de esta madre, que ante la perspectiva de una guerra teje, porque sabe que el frío cala los huesos en Malvinas. Le cuenta que está escuchando la radio un domingo a la noche y le resume los resultados del torneo de fútbol, mandándole la tabla de posiciones, para que sienta que algo aún es “familiar”, que algunas cosas “siguen igual” y que, quizá, esto no sea más que un episodio. No le dice que lo quiere, ni que se cuida, o que lo extraña. Todo está

sobreentendido en estas pocas palabras; y es que su madre sabe que decir algo de esto podría equivaler a una despedida. Las últimas palabras de la carta, tan desinteresadas, remiten a la Historia argentina: las mujeres en los pueblos escribían cartas a destinatarios anónimos, con remitente “soldado argentino”, dándoles ánimos, llevando novedades, acercando una voz que les decía “Gracias” o “No están solos”, porque estaban pensando en ellos, tejiendo y mandando ropa y comida para soldados que no conocían, los que a su vez estaban luchando por gente igualmente anónima.

Otra forma de presencias-en-ausencia se da a través de las fotografías. Para Mavi constituye una forma de comunicación primaria, estática, sin vida, pero comunicación en fin: “Vos, mi papá, estabas ahí mirándome desde el cartón. Nuestra manera de mirarnos siempre fue y será así. A través de las fotos” (40). Sabe que nunca podrá mirarlo a los ojos, o que nunca podrá transmitirle lo que le pasa. Sin embargo, a través de las fotos lo conoció, supo quién había sido, al menos físicamente. Y ejerce su influencia en ella. Mirando una foto de su abuela Antonia, que murió de tristeza por la desaparición de su hijo en el mar Atlántico, reflexiona: “la presencia de alguien a quien no conociste es poderosa” (36).

A Mavi no le gustan las fotos, pero mantienen el recuerdo vivo. Por un lado, dice, “las fotos no registran el dolor, las fotos retienen generalmente alegrías, detienen el tiempo y falsifican las presencias, por el simple hecho de que todas las personas fotografían situaciones felices” (56). Es decir, las fotos no muestran exactamente la realidad, solo visibilizan fragmentos de vida que fueron, presencias que hoy están ausentes; y dejan afuera, a la vez, momentos que se vuelven ausencias, porque parecen no haber sido nunca vividos. Además, continúa la joven, “tu foto, papá, quedó congelada para siempre a una edad no mucho mayor que la mía en este momento. Cada foto tuya es una sonrisa y no puedo saber cómo eras cuando no sonreías” (56). Mavi se reconoce y se aparta a la vez de una imagen, que es parte de su ser pero que a la vez siente ajena. Ella siente la misma ambigüedad con su propio cuerpo, al reencontrarse con la gente del pueblo y su familia paterna, que dicen reconocer rastros de su padre en ella, a través de su parecido físico. Esto le genera una cierta extrañeza, dado que ella misma no lo conoció: “Era imposible evadir *el fantasma de su padre*, los *recuerdos* y las *proyecciones* de la gente en el pueblo” (135, los subrayados son míos).

Hay muchos más indicios en *Nadar de pie* acerca de cómo las presencias y las ausencias se articulan (los archivos, los pensamientos y evocaciones, los parecidos familiares, además de las cartas y fotografías ya indicadas). Voy a limitarme a señalar una última,

que es la construcción de una cierta imagen de los ausentes a partir del relato y la anécdota. Hay una cita muy significativa a este respecto:

La amargura que sentía por la *ausencia* de su padre era una *sensación heredada e impuesta* casi impulsivamente por su madre. Cada *recuerdo* acerca de su padre, en verdad, hasta el momento, había sido solo *a través de la palabra, del relato*. Podía entender algunas cosas, pero *no sabía cómo querer* a una persona que para ella era *un fantasma creado* por los que la rodeaban. (Comino, 2010: 104. Los subrayados son míos)

Los relatos articulan nuestros recuerdos, les dan formas diferentes a las evocadas por el pensamiento, sencillamente porque las palabras y los conceptos nunca son exactamente equivalentes. Hacer conocer a alguien a través de las palabras es siempre un recorte, un punto de vista y una creación. Mavi conoció la personalidad de su padre y sus vivencias –ya no su físico- a través de relatos, anécdotas e historias *de otros*, amigos y familiares que sí lo conocieron. De esta forma, una manera de recordar a los seres queridos (de hacer presentes a los ausentes) se da a través de los relatos y pensamientos: pero éstos, indefectiblemente, serán construcciones, huellas.

Por último, quiero destacar que hay en el libro dos discusiones entre Mavi y su madre sobre un tema muy conocido para todos aquellos que tienen un “desaparecido” o un “caído” entre sus seres amados... la necesidad que tienen los familiares de encontrar su cuerpo, y en caso de no hallarlo, adoptar un sepulcro, incluso sin saber si el cuerpo de su ser querido está realmente allí. Elegir una tumba, ponerle una flor, visitarla. Mavi no entendía esta necesidad, no entiende por qué su madre nunca fue capaz de “seguir con su vida”, ni por qué la visita a Malvinas constituiría un cierre para ella. Su madre le explica que: “...entre tener la *nebulosa de un recuerdo* y poder rescatar *un pedazo de la vida* de tu padre en este lugar, y aclarar o *recordar* sus últimos rastros, creo que me va a hacer bien *ir a su encuentro*” (180, los subrayados son míos). En la primera discusión sobre el tema, al inicio de la novela, las palabras de Gabriela nos dan una razón aún más significativa que su propia necesidad: “Nadie puede negarle a un muerto una presencia” (52). Las presencias y las ausencias son finalmente dos caras de una misma moneda: así como los fantasmas de nuestros seres queridos viven en nosotros, ellos también reclaman nuestra aparición. Los ausentes son parte constituyente de los que quedaron. Y los vivos, al recordar a los caídos, hacen que esta ausencia no desaparezca, que sea una presencia aún. Creo que es por este motivo que, al recordar a los desaparecidos en la dictadura militar, los asistentes gritan unánimemente tras oír sus nombres: “¡presente!”.

Ya en las Islas, una Mavi menos niña, más madura y segura de sí misma aprende a convivir con su pasado a través del camino del recuerdo, ya que por fin comprende y comparte la premisa de su madre: “No es bueno dejar de revolver la historia” (180). Mavi, reconciliada con “sus fantasmas”, tira una botella al mar con la carta a su padre:

*...te escribo esta carta que terminará devorada por la soledad del mar, pero iré hasta ese lugar, que si bien no es exactamente el mismo donde se cayó tu avión, el viento la llevará donde sea que te encuentres. Y si es cierto que en la guerra la tumba es donde cayó el combatiente y estás ahí, la lanzaré, porque estoy segura de que la leerás. Y siento paz, quizá porque ella [mamá] me enseñó a tenerla. (...)*

*Te amo, papá, y ojalá yo pueda amar a un hombre algún día como mamá te amó a vos y que nunca la guerra vuelva a destruir nada en este país, donde todo se olvida tan rápido.*

(Comino, 2010: 182-184)

Vemos así cómo en *Nadar de pie* Sandra Comino crea la historia de Mavi y Gabriela acercando a su público un relato posible de la vida tras Malvinas. La obra cuenta sobre el acontecimiento bélico pero en fragmentos, en sus consecuencias o entrelazado a la vida de los personajes. A través de cartas, relatos, pensamientos y fotos (además de diarios de guerra o artículos periodísticos, que aquí no analicé), los personajes describen hechos sucedidos en las Islas, y sobre todo logran que sus muertos no sean olvidados. Estas formas de presencias-en-ausencia les permitirán acercar –en tiempo y espacio- a sus seres queridos, traerles huellas de su paso por este mundo, hacerlos presentes de alguna manera en sus propias vidas ya que son partes constitutivas de las mismas. De lo que se desprende que “volver a pasar por el corazón” a los seres queridos es la manera de aprender a vivir con ellos, los *fantasmas*, que aunque *ausentes* físicamente, siempre estarán *presentes* en nuestra Historia.

### **Bibliografía:**

Arpes y Ricaud (2008), *Literatura infantil argentina. Infancia, política y mercado en la constitución de un género masivo*. Editorial Stella y La Crujía, Buenos Aires.

Comino, Sandra (2010). *Nadar de pie*, Ediciones del Náufrago, Buenos Aires.

Machado, Ana María y Montes, Graciela (2005). *Literatura infantil. Creación, censura y resistencia*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Tiempo Argentino Diario, (2013): “La novela juvenil piensa sin tabúes la Guerra de Malvinas”, disponible en <http://tiempo.infonews.com/2013/03/31/suplemento-cultura-99195-la-novela-juvenil-piensa-sin-tabues-la-guerra-de-malvinas.php>, Julio de 2014.



